

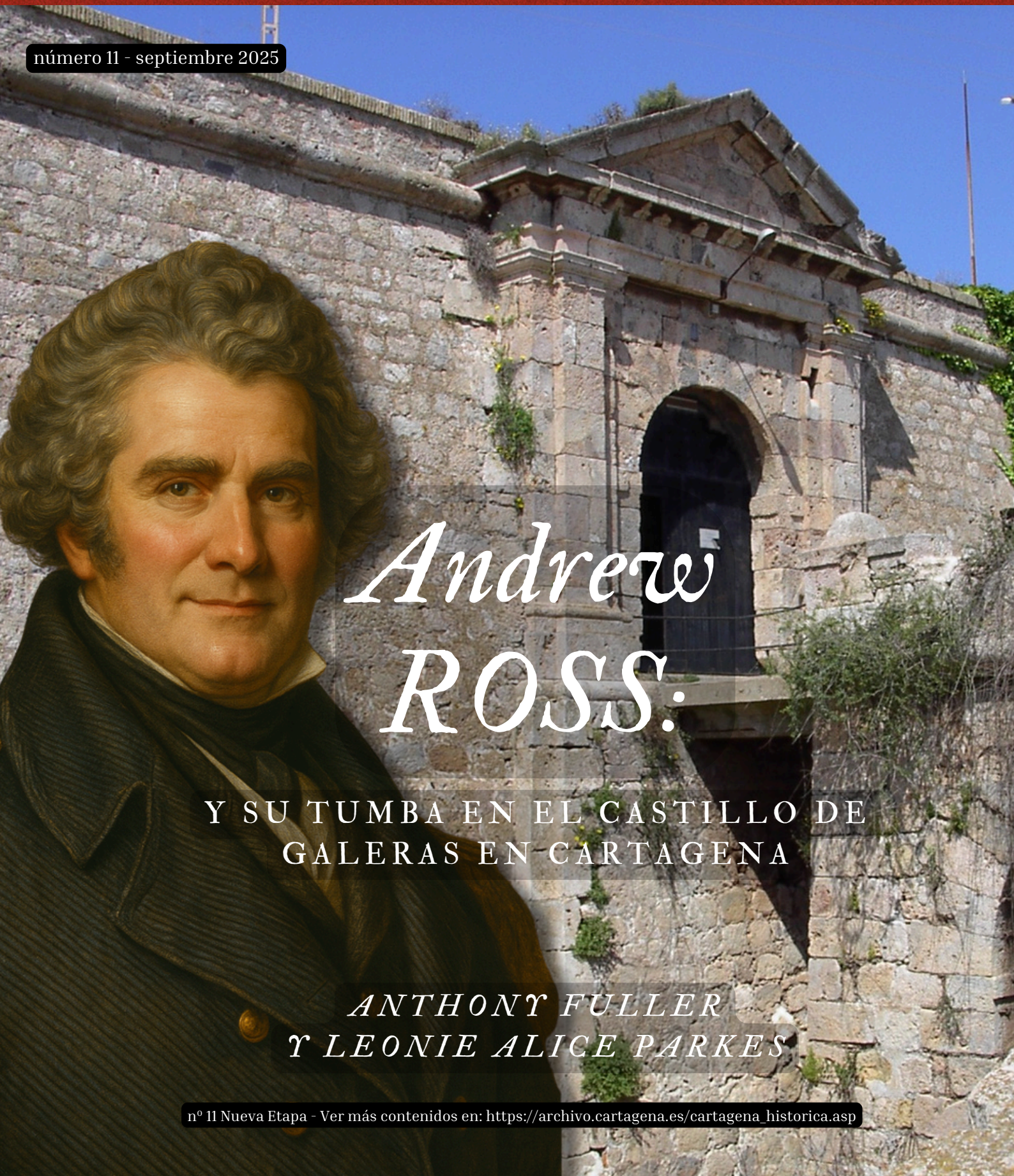
[AMC]

ARCHIVO MUNICIPAL CARTAGENA

REVISTA ELECTRÓNICA
CARTAGENA
HISTÓRICA

REVISTA FUNDADA EN EL AÑO 2002 POR ÁNGEL MÁRQUEZ DELGADO

número 11 - septiembre 2025



Andrew
ROSS:

Y SU TUMBA EN EL CASTILLO DE
GALERAS EN CARTAGENA

ANTHONY FULLER
Y LEONIE ALICE PARKES

INTRODUCCIÓN



EL GENERAL DE DIVISIÓN ANDREW ROSS Y SU TUMBA EN EL CASTILLO DE GALERAS EN CARTAGENA.

Por ANTHONY FULLER
Y LEONIE ALICE PARKES

*Traducción al español de Antonio Cortiñas-Guntín
Edición e imágenes de Luís Miguel Pérez Adán*

El Dr. Anthony Fuller es Vicepresidente de la Asociación Cultural «Amigos del Museo Histórico Militar de Cartagena» (AAMMILCAR) e investigador británico del Instituto Cartagenero de Investigaciones Históricas (INCIS). Actualmente trabaja en los proyectos «The Andrew Ross Project» y «The William Leverkus Project», así como en proyectos de investigación complementarios relacionados con dichos temas.

Leonie Alice Parkes es miembro de la Asociación Cultural «Amigos del Museo Histórico Militar de Cartagena» y del Instituto Cartagenero de Investigaciones Históricas. Leonie es investigadora asociada de los proyectos «The Andrew Ross Project» y «The William Leverkus Project» y editora en inglés de todas las publicaciones derivadas de dichos proyectos.

Agradecimientos:

La información para esta publicación se ha obtenido de diversas fuentes de gran relevancia, entre las que se incluyen las dos series de “The Duke of Wellington's Dispatches” (“La correspondencia del Duque de Wellington”). También de otras fuentes publicadas, como los Archivos Nacionales en Kew, Londres; la Colección Especial en la Biblioteca Benedecke de la Universidad de Harvard; el Museo Nacional del Ejército de Londres; y otras varias fuentes en internet.

A todos ellos se les agradece el permiso para usar estas fuentes.



Consejo Editorial

Miembros del Consejo:

Fulgencia Plazas Torres (Coordinadora de Archivos y Bibliotecas)
Cayetano Tornel Cobacho (Real Academia Alfonso X el Sabio)
Rafael Belda González (Archivo Municipal de Cartagena)
Luis Miguel Pérez Adán (Archivo Municipal de Cartagena y Cronista Oficial de Cartagena)
Francisco J. Franco Fernández (Cronista Oficial de Cartagena)
José Sánchez Conesa (Cronista Oficial de Cartagena)
Juan Ignacio Ferrández García (Cronista Oficial de Cartagena)
Eva Márquez Zayas (Editorial Áglaya)

Edita:

Archivo Municipal de Cartagena
Diseño original y Maquetación:

LUIS MIGUEL PÉREZ ADÁN

Depósito legal:

MU-1882-2002 - I.S.S.N.: 1696-9901



ANDREW ROSS

El General de División Andrew ROSS fue un militar de carrera que se alistó en el ejército británico como alférez a la edad de 10 años y estuvo en servicio activo hasta que murió de fiebre amarilla en septiembre de 1812, a la edad de 39 años, mientras estaba al mando de la guarnición británica en Cartagena.



La parroquia de Inch en el condado (la región) de Wigtownshire, Escocia

Andrew ROSS nació en enero de 1773, segundo hijo del reverendo Andrew Ross de Balsarroch, titular de la parroquia de Inch en el condado (la región) de Wigtownshire, Escocia. Andrew nació en el seno de una de las familias más influyentes en la estructura política y militar de Escocia, estando su familia emparentada con varias de las casas nobles del país. Al igual que sus hermanos, Andrew fue educado en The Manse (el presbiterio de su parroquia) inicialmente por su padre y posteriormente por el coadjutor de su padre; y claramente estaba destinado a seguir la carrera de varios de sus tíos y primos en el ejército británico. En aquella época, los ascensos en el Ejército se hacían por compra y ocasionalmente por antigüedad, pero en general las familias con dinero podían comprar el empleo en el ejército para un joven y posteriormente también era posible comprar otros empleos para ascender, pasando a menudo de un regimiento a otro independientemente de su capacidad o de la antigüedad en el servicio. Sólo los oficiales de la Real Maestranza de Ingenieros y de la Real Artillería, contratados por la Junta de Artillería[1] y NO por el Ejército, ascendían por antigüedad o méritos. Gracias a sus contactos familiares, el padre de Andrew pudo comprarle, cuando tenía éste 10 años de edad, el empleo de alférez (el empleo de oficial más bajo del ejército británico) en el 60º Regimiento a Pie. No hay pruebas de que Andrew Ross ocupara realmente el puesto. Era habitual que los niños pasaran a engrosar las listas de los regimientos o de los buques de la Armada Real, lo cual les permitía figurar en las listas de revista del Ejército o de la Armada. Sin embargo, los niños continuaban su educación mientras que el regimiento recibía la paga y las raciones del niño, que podían utilizar como considerasen oportuno. No puede descartarse que eso fuera lo que ocurrió con Andrew Ross. Sin embargo, en las listas de revista del ejército británico consta que en marzo de 1789, a la edad de dieciséis años, se incorporó como alférez al 55º Regimiento de a Pie (Westmoreland) en Glasgow.

[1] NT: Las armas de Artillería y de Ingenieros dependían entonces del “Board of Ordnance”, BO, y no del Ejército. Este “Board” o Consejo fue creado durante la dinastía Tudor. Desde entonces hasta 1855 fue un organismo oficial del gobierno británico, con su Cuartel General en la Torre de Londres. Su responsabilidad principal era la de tener a su cargo las tierras, almacenes y depósitos y los fuertes necesarios para la defensa nacional y de sus posesiones ultramarinas. También tenía a su cargo el abastecimiento de municiones y equipo tanto para el Ejército como para la Marina de Guerra. Tuvo a su cargo a los Cuerpos de Artillería y de Ingenieros.

En diciembre de 1790, se ordenó al 55º regimiento que se dirigiera al norte de lo que entonces era una Irlanda unida por si se producían disturbios civiles, pero el regimiento nunca llegó a desplegarse. El 21 de mayo de 1791, a la edad de 18 años, fue oficialmente nombrado Teniente del 55º Regimiento en el boletín oficial y, a finales de 1792, regresó a Escocia destinado a Stranraer con uno de sus primos mayores, el Comandante Alexander Ross, del 14º Regimiento a Pie, segundo del ayudante general de Escocia. Tenían permiso para crear una compañía independiente de infantería lo cual, en aquella época, era una forma común de reforzar el ejército británico. El 21 de abril de 1793, poco después de que Gran Bretaña declarara la guerra a la Francia republicana (febrero de 1793), la eficaz campaña de reclutamiento de Andrew Ross había logrado que aumentara su prestigio. Fue nombrado capitán y su compañía independiente se incorporó al 23º a Pie, los Fusileros Reales Galeses. Un año más tarde, el 12 de marzo de 1794, y debido a sus logros como reclutador, el rey Jorge III concedió a Andrew Ross una “orden de batida” que le autorizaba a reclutar hombres para el ejército “a golpe de tambor o de cualquier otra forma”. Reclutó hombres para el 95º Regimiento a Pie original, el cual, en 1800, se reorganizaría como 95º Regimiento de Fusileros, el regimiento con el uniforme de las famosas Guerreras Verdes. Obtuvo el empleo de Comandante el 12 de junio de 1794, pero por entonces aún no había sido desplegado en operaciones.

En mayo de 1795 aceptó el nombramiento de ayudante de campo de otro de sus primos de más edad, el entonces coronel Sir Hew Whiteford Dalrymple que, entre 1796 y 1801, fue gobernador de Guernesey, en las islas anglonormandas del Canal de la Mancha, aunque este nombramiento no implicaba tener que vivir y trabajar allí. Para asegurar su antigüedad y su lugar en las listas para los ascensos, se le dio el mando de “su” compañía en el 95º Regimiento. El mando en las Islas anglonormandas no se tomaba a la ligera, ya que se encontraban en la primera línea del frente contra la Francia revolucionaria. Ya en enero de 1781, una fuerza francesa “no oficial” había intentado invadir Jersey sin éxito, pero fue derrotada con facilidad. Tras ese breve enfrentamiento, el Gobierno británico se vio obligado a mantener una guarnición de unos 2.000 soldados británicos en todas las islas, principalmente para proteger las instalaciones navales británicas. Fue allí donde Ross se encontró por primera vez con el 54º Regimiento a Pie, que estuvo desplegado en Guernesey durante seis meses. Supuestamente, el 54º Regimiento de Infantería se dirigía a las Indias Occidentales pero fue desviado a Ostende para ayudar al Duque de York, que se encontraba allí atrapado.



95º Regimiento de Fusileros, el regimiento con el uniforme de las famosas Guerreras Verdes.



El comandante en jefe de todas las tropas británicas en Irlanda,
Sir John Moore

Ross renunció a su destino en abril de 1797 y fue transferido al mando de un regimiento de la milicia irlandesa, los Reay Fencibles[2]. Fue un buen paso en su carrera para este ambicioso oficial. Este regimiento había sido creado para estar preparado ante nuevos disturbios civiles y/o una posible invasión de Irlanda por parte de los franceses, que pretendían utilizar el movimiento independentista irlandés para fomentar los disturbios en el país. El comandante en jefe de todas las tropas británicas en Irlanda, Sir John Moore, se haría famoso más tarde por su retirada hacia La Coruña durante la Guerra de Independencia en España[3]. Ross y Moore se hicieron buenos amigos y se carteaban a menudo.

Los segundos batallones y los regimientos de milicias eran importantes en el estamento militar británico, ya que se utilizaban como refuerzos y “regimientos abastecedores” para las tropas de primera línea. Muchos oficiales preferían a los milicianos para unirse a sus filas debido a su antigua formación militar. Un buen número de estos soldados pasaban a formar parte de los primeros batallones, adquiriendo un alto grado de formación e incluso cierta experiencia de combate en primera línea.

Cuando el ejército británico decidió incorporar un gran número de regimientos de milicias a las listas de primera línea, los “Reay Fencibles” no tardaron en ser “incorporados”. Todo el batallón fue trasladado, en masa, para formar el Segundo Batallón del 54º Regimiento a Pie, que Ross ya conocía de su estancia en las Islas del Canal. Aunque el 2º Batallón del 54º acabó teniendo el nombre de un condado inglés -el Regimiento de West Norfolk- durante muchos años la mayoría de los hombres que servían en sus filas fueron irlandeses.

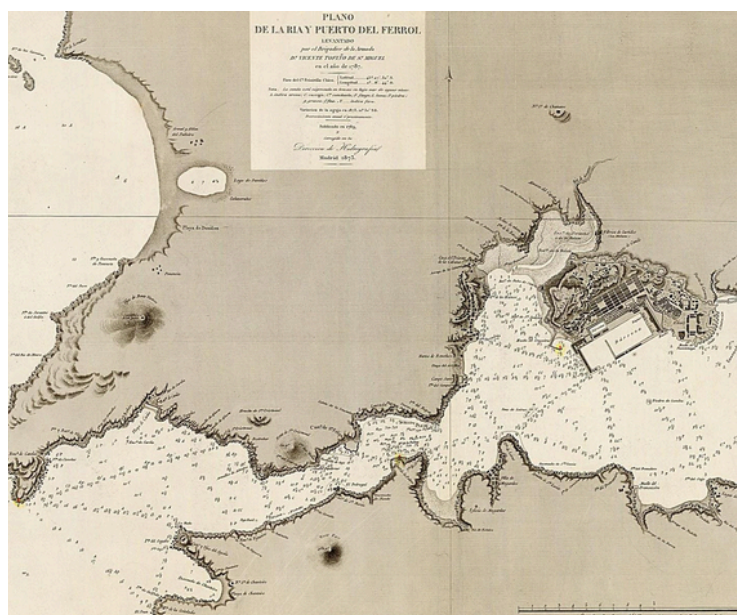
[2] NT: La palabra “Fencibles” implica que eran soldados considerados útiles solo para su empleo territorial dentro del propio país.

[3] NT: “Guerra Peninsular” es el modo en el que los británicos denominan a la Guerra de la Independencia de España al inicio del siglo XIX.

El 1 de enero de 1800, los registros oficiales del ejército británico confirmaron oficialmente el ascenso de Andrew Ross a Teniente Coronel^[4] “Brevet” y tomó el mando del flamante 2º Batallón del 54º de Infantería el 17 de mayo de 1800, el día posterior a que el 2º Batallón fuera inscrito oficialmente en la plantilla y nómina del Ejército. Inicialmente destinado en Netley, cerca de Winchester, Hampshire, Ross fue capaz de sacar provecho de los milicianos entrenados, incluyendo aquellos hombres que regresaban a dedicarse a tiempo completo al Regimiento y al servicio activo, tras haber servido previamente en batallones de primera línea con otros regimientos.

Ross pronto vio cumplido su deseo de verse desplegado. En agosto de 1800, los Batallones 1º y 2º fueron destinados al extranjero. Ambos batallones habían sido reclutados y contratados específicamente para prestar servicio en Europa, por lo que, en teoría, no estaban disponibles para prestar servicio en ningún otro lugar. Sin embargo, cuando se les pidió que se presentaran voluntarios para luchar contra los franceses en Egipto, todos los suboficiales y los soldados de ambos batallones se ofrecieron voluntarios.

Ese mismo mes, ambos batallones se embarcaron en Southampton con destino inicial a la plaza fuerte francesa de Belle Isle. Sin embargo, cuando la fuerza se reunió frente a Belle Isle, el ataque se consideró poco práctico y se abandonó el plan. El oficial al mando, el teniente general Sir J. Poultney, hizo uso de sus atribuciones y se dirigió a su segundo objetivo, Ferrol. Hasta mayo de 1808, España era aliada de Francia, por lo que este puerto era de importancia estratégica para ambos países y, si se tomase, lo era también potencialmente para Gran Bretaña. Poultney contaba con una formidable fuerza de combate. Una armada de 109 barcos y embarcaciones británicas, cargados con soldados británicos de 12 regimientos junto con infantes de marina y marineros. El 25 de agosto, los británicos montaron su ataque, con la intención clara de tomar los 6 buques españoles más importantes que estaban en el puerto, la Bahía de Doniños. Los detalles del ataque y la posterior y rápida retirada de los británicos al día siguiente no son el objetivo de este trabajo, excepto el hecho de que proporcionó a Andrew Ross experiencia en una acción militar ofensiva. Al igual que otros regimientos implicados en el ataque, el 54º se retiró en buen orden perdiendo sólo un hombre.



Ataque inglés, con la intervención de Ross a la plaza española de El Ferrol en 1800

[4] NT: “Brevet” era el documento oficial real o del gobierno, utilizado principalmente en el Ejército, para conceder un ascenso o privilegio pero sin derecho a paga.

Toda la fuerza zarpó entonces hacia Gibraltar para reunirse con los 10.000 soldados llegados de Menorca para formar un ejército destinado a Egipto bajo el mando del general Sir Ralph Abercrombie. Una vez llegados los diversos efectivos de su ejército, se ideó un plan para lanzar un ataque masivo contra Cádiz. Sin embargo, éste fue abandonado cuando Abercrombie se enteró de que la fiebre amarilla hacía estragos en la ciudad. Abercrombie había estado destinado en las Indias Occidentales, donde la fiebre amarilla seguía causando importantes pérdidas de vidas al ejército británico, por lo que era muy consciente de los estragos que causaría una epidemia de fiebre.

Nuevas órdenes del Gobierno en Londres reiteraron que Cádiz tenía que ser atacada, así que a pesar de las muchas diferencias entre Abercrombie y el Almirante Lord Keith, comandante de la fuerza naval británica, zarparon de nuevo hacia Cádiz. De nuevo se abandonó el ataque tanto por razones militares prácticas como por la continua presencia de fiebre amarilla.

En noviembre, los dos batallones del 54º se encontraban en Menorca. Tras un breve descanso, zarparon hacia Malta, donde se reabastecieron rápidamente.

El 20 de diciembre, el Primer Batallón, con 598 hombres en armas, y el 2º Batallón, con 597 hombres en armas, embarcaron rumbo a Egipto. Mientras el alto mando británico intentaba, sin éxito, coordinar sus operaciones egipcias con las fuerzas turco-otomanas, todo este ejército debía entrenarse en desembarcos anfibios. Por ello, el 54º pasó 6 semanas en el golfo de Makri. Al final, la fuerza británica era tan grande que cuando zarpó de Makri el 22 de febrero de 1801 necesitó 190 barcos y lanchas para el transporte de las tropas y su desembarco en tierra.

Al llegar a la costa egipcia se retrasó el desembarco, que finalmente tuvo lugar en la mañana del 8 de marzo. El 54º desembarcó con 974 hombres en armas que, con el 1º Real Escocés y el 92º de Highlanders, formaban la Brigada del general de división Eyre Coote con un total de 2.129 efectivos. Todos ellos eran veteranos de la expedición de Ferrol y eran regimientos que ocuparían un lugar destacado en la vida de Andrew Ross, aunque no de la forma que él hubiera imaginado entonces.

Los franceses tuvieron mucho tiempo para preparar sus defensas porque el ejército británico tuvo que llegar a las playas a remo, ya que los barcos de transporte británicos tuvieron que anclar a seis millas de la costa.



Llegada de la flota inglesa a Gibraltar para reunirse con los 10.000 soldados llegados de Menorca para formar un ejército destinado a Egipto bajo el mando del general Sir Ralph Abercrombie.

Tras retrasarse en acercarse a la orilla, la Brigada de Coote tuvo que soportar una tormenta de proyectiles y disparos. No obstante, Ross y su batallón desempeñaron un papel destacado en los inevitables y duros combates. La Brigada de Coote y la Brigada de Guardias adyacente fueron dirigidas en el avance por sus oficiales pie a tierra, desviando una columna de tropas francesas, desalojándolas de la playa hacia las dunas de arena, y luego obligándolas a retroceder hacia Alejandría.

Sir Ralph Abercromby siempre ejercía el mando en combate desde delante y estuvo en la playa antes de que terminara la lucha. Al desembarcar, vio a un oficial no identificado del 54º que estaba borracho. Con toda seguridad NO ERA Andrew Ross. Señaló el borracho al coronel Christopher Darby, su jefe directo, quien golpeó al borracho con la parte plana de su espada y luego le ordenó volver a su barco. Lamentablemente, se desconoce su destino.

Al final del día todo el frente francés se había visto obligado a retroceder hacia Alejandría. Los aliados perdieron más hombres que los franceses: un oficial, un sargento y 12 soldados murieron y dos oficiales, cuatro sargentos y 52 soldados resultaron heridos.



General Sir Ralph Abercrombie e su campaña en Egipto

El 13 de marzo, todo el regimiento entró de nuevo en acción en medio de serios combates frente a Mandora. Las unidades francesas a la izquierda y a la derecha estaban fondeadas en el mar y en un canal pero, a pesar de ello, fueron obligadas a retroceder hacia Alejandría. El 54º sólo tuvo varios oficiales y hombres heridos. En la batalla final para tomar Alejandría (24 de marzo), la brigada de Eyre Coote estuvo de nuevo en medio de los combates y, hacia el final de la batalla, el 54º realizó un avance estratégico que ayudó a asegurar la victoria de los aliados. Aunque el Regimiento perdió 1 oficial y 8 hombres muertos y 2 oficiales y 48 hombres heridos, a pesar de estar en el centro de la batalla, Andrew Ross salió ileso. Sir Ralph Abercrombie, que seguía siendo el Comandante en Jefe de este ejército, no tuvo tanta suerte. Resultó gravemente herido y murió pocos días después por complicaciones derivadas de sus heridas.

El 54º con el resto de la Brigada reorganizada continuó sus operaciones fuera de Alejandría, mientras que el resto del ejército se dirigió a tomar El Cairo. Tras la caída de El Cairo y después de una nueva reorganización, el regimiento participó en la batalla final que tomó Alejandría. Como siempre, el 54º estaba en el centro de los combates y estaba a punto de escalar los muros de la fortaleza cuando el oficial al mando francés, dándose cuenta de que su posición era desesperada, aceptó rendirse. Al aceptar la rendición, los oficiales del 54º hicieron prisioneros a los 168 soldados franceses supervivientes y se apoderaron de 10 piezas de artillería.

El Regimiento permaneció en Alejandría hasta que los británicos abandonaron Egipto en febrero de 1802, formando parte el 54º de la fuerza de aproximadamente 4.000 hombres enviada a Gibraltar, haciendo escala en Menorca. Para entonces, la fuerza efectiva de los batallones 1º y 2º era de 381 y 384 hombres respectivamente, y de los 974 que habían desembarcado en Egipto el diciembre anterior, sólo 765 permanecían en las listas del regimiento, no todos aptos para el servicio.

A su llegada a Gibraltar, el Regimiento se disolvió. El 2º Batallón se disolvió y el Comandante Andrew Ross, varios de sus compañeros oficiales y muchos suboficiales profesionales y otros soldados se transfirieron al 1º Batallón. El mando del Regimiento reformado pasó a manos del General de División Sir David Baird, que había estado al mando del 2º Batallón desde el 9 de mayo de 1801.

Desde mayo de 1802, la guarnición de Gibraltar estaba al mando de Edward, el Duque de Kent (en adelante, el Duque), hijo menor del Rey Jorge III y padre de la futura Reina Victoria. Había sido enviado a Gibraltar para restablecer y reforzar la disciplina entre las tropas que estaban al borde del motín.

La reputación de brutalidad del Duque era de sobra conocida. Había estado al mando del 7º Regimiento de Fusileros en Gibraltar en 1790 y 1791, donde comenzó a forjarse esta reputación. Su conducta personal también dejaba mucho que desear, acumulando enormes deudas personales. También empezaron a manifestarse algunos de los síntomas debilitantes de salud física (pero no mental) que tenía su padre. Al cabo de unos 15 meses, su padre le destituyó del mando del 7º de Fusileros “(...) debido a su salud (...)” y, a petición de Edward, fue destinado a Canadá, donde fue nombrado Comandante en Jefe de las fuerzas británicas de la zona, lo que no hizo sino darle más oportunidades de aplicar los castigos más crueles por las infracciones más leves.



Desde mayo de 1802, la guarnición de Gibraltar estaba al mando de Edward, el Duque de Kent, hijo menor del Rey Jorge III

Después de 10 años en Canadá, el Duque volvió a utilizar su salud como motivo para ser trasladado de nuevo a Europa con la esperanza de obtener un mando en primera línea o incluso el mando general de las operaciones aliadas en Europa. No esperaba ser nombrado para ocupar el cargo de Gobernador de Gibraltar, que había quedado recientemente vacante, y donde la avanzada edad y la enfermedad del anterior titular habían hecho que la disciplina en el Peñón simplemente desapareciera. Al fin y al cabo, era una base militar, pero también un punto de transición en el que estaban estacionadas o de paso un buen número de tropas británicas de todas las armas y cuerpos en su camino hacia o desde Inglaterra.

El nombramiento del Príncipe Edward no estuvo exento de preocupación ni en Horse Guards, el cuartel general del estamento militar británico, ni para su familia. El duque de York, su hermano mayor y comandante en jefe de las fuerzas armadas británicas en todo el mundo, llegó incluso a escribirle diciéndole que, a pesar de la gravedad de la situación, no debía utilizar los mismos métodos severos que había empleado anteriormente. En efecto, debía ganarse a los hombres y luego disciplinarlos si era necesario. Desgraciadamente, el Duque no estaba hecho de esa pasta ni como comandante militar ni como hombre.



Tras su llegada a Gibraltar, el duque se dio cuenta de que la embriaguez generalizada era peor de lo que le habían hecho creer, por lo que rápidamente cerró 52 de las 92 bodegas que servían tanto a soldados como a civiles. A finales de 1802, cuando abandonó la guarnición 13 meses más tarde, sólo tres de las bodegas seguían abiertas.

No se le puede reprochar que restableciera la disciplina militar, por ejemplo, pasando lista, celebrando desfiles matutinos y vespertinos y comprobando que los soldados estuvieran presentes durante las comidas y después de que sonara el “último toque del día”. Sin embargo, sus métodos disciplinarios, especialmente las crueles palizas e incluso las ejecuciones, eran horribles por su severidad y frecuencia. En aquella época era raro que se aplicara el castigo corporal máximo de 1.000 latigazos, que en sí mismo podía ser una sentencia de muerte. Gibraltar, sin embargo, era la excepción: el duque asistía y parecía disfrutar presenciando él mismo muchos de los castigos. El ejemplar historial de combate de estos dos regimientos, que habían prestado un gran servicio activo y también combatido juntos en Egipto, hablaba por sí solo. Sin embargo, los oficiales, los suboficiales y la tropa estaban cansados y simplemente querían volver a Inglaterra. Para empeorar las cosas, Ross y el 54º, acababan de llegar de Egipto después de casi 3 meses en el mar con tormentas y tiempo desfavorable causando graves retrasos.

La guarnición estaba compuesta tanto por tropas de guarnición como por regimientos que acababan de regresar del servicio activo. En algunos regimientos esto se traducían en sueldos irregulares, ejercicios deficientes y falta de entrenamiento, además de la incapacidad de desfilar y actuar como soldados. Los barracones y otros alojamientos estaban infestados de alimañas y superpoblados y, al haber poco que hacer fuera de servicio, se consumía demasiado alcohol. Muchos de los soldados más agresivos y menos motivados eran capaces de influir en sus camaradas más ingenuos para que se comportaran de forma indisciplinada e incluso se emborracharan en público. Además, se denunciaron muchas violaciones de mujeres, independientemente de su estatus, incluyendo a las esposas y familiares de los oficiales.



Puerto de Gibraltar en 1802

Tras Desafortunadamente, al Duque de Kent se le había dado el mando titular del 2º Batallón del 1º Regimiento (Royal Scots) que estaba en Gibraltar con otros regimientos de su brigada en Egipto, incluyendo el 1º Batallón del 54º de a pie, ahora bajo el mando del recién nombrado Teniente Coronel Andrew Ross. Sin embargo, debido a que eran “su” regimiento, los Royal Scots recibieron una atención especial por parte de su mando titular.

El ejemplar historial de combate de estos dos regimientos, que habían prestado un gran servicio activo y también combatido juntos en Egipto, hablaba por sí solo. Sin embargo, los oficiales, los suboficiales y la tropa estaban cansados y simplemente querían volver a Inglaterra. Para empeorar las cosas, Ross y el 54º, acababan de llegar de Egipto después de casi 3 meses en el mar con tormentas y tiempo desfavorable causando graves retrasos.

Los diferentes Regimientos de la isla cobraban cada dos semanas y en diferentes días de la semana, lo que, sin querer, resultó ser uno de los factores que impidió que se extendiera un motín abierto y que los disturbios fueran más fáciles de sofocar. Dicho esto, una de las razones de la continua embriaguez de muchos soldados era que, mientras estaban en servicios mecánicos, se les utilizaba como jornaleros. Mientras construían carreteras, barracones y otros edificios, a cada hombre se le pagaba al final de la jornada laboral 8 peniques diarios más, además de su salario. Así que sin otra cosa que hacer, y para aliviar el tedio de sus vidas, muchos soldados podían beber casi a diario.

La víspera de Navidad de 1802, el duque invitó a cenar a sus oficiales generales y de campaña en su residencia oficial, llamada el Convento. Los soldados de su regimiento habían cobrado ese mismo día y estaban bebiendo en la taberna The Three Guns, ideando un plan de borrachos y mal pensado para provocar un motín abierto. Tras regresar a sus barracones, varios hombres se tizaron la cara y cogieron sus armas, buscando a otros amotinados en los demás regimientos. En cierto modo, su razonamiento tenía lógica, ya que suponían que los soldados de los otros regimientos sentirían lo mismo que ellos. Tres regimientos curtidos en mil batallas llegaron a Gibraltar esperando menos disciplina y más diversión, pero en su lugar encontraron al Duque de Kent con su régimen de estricta disciplina y acceso muy reducido al alcohol.

Los Royal Scots, algunos de los cuales hablaban de asesinar al Duque, llamaron a sus compañeros de la campaña egipcia, del 25º y del 54º, para que se unieran a ellos. Por diferentes razones ambos regimientos se negaron a hacerlo. El 25º estaba principalmente sobrio, ya que había cobrado casi dos semanas antes y no debía hacerlo hasta el 26 de diciembre. El 54º era, sin embargo, un regimiento muy diferente. El teniente coronel Ross se dirigió directamente a sus hombres, disuadiendo a cualquiera de ellos lo bastante insensato como para haber considerado la posibilidad de unirse al motín y cometer semejante imprudencia. Los amotinados, algunos de ellos armados con bayonetas, abandonaron sus barracones y se dirigieron al Convento, donde exigieron ver al Duque para expresarle su descontento por el trato que estaban recibiendo. Después de que el general Barnett (que era el gobernador interino hasta la llegada del duque y ahora era su adjunto) hablara con los amotinados, algunos volvieron a sus barracones, pero la mayoría permaneció donde estaba. Ross, apoyado por el general Barnett, había mandado a formar a todo su regimiento y los había mantenido bajo las armas toda la noche. Hacia las nueve de la noche, la compañía de fusileros del 54º, que sólo tuvo tiempo de coger unos cartuchos antes de levantarse, se enfrentó a los amotinados. Les pidieron que se unieran a la insurrección; sin embargo, en lugar de unirse a ellos abrieron fuego sobre los amotinados, matando al soldado John Brown e hiriendo a varios más. Al mismo tiempo y para reforzar lo desesperado de su situación, el Capitán de la guardia ordenó a los Artilleros Reales cercanos que apuntaran sus cañones contra los amotinados. Los amotinados se dispersaron, aunque más tarde algunos decidieron disparar contra el teniente Thaddeus O'Halloran del 54º (que más tarde sería Teniente Coronel del 4º a Pie), aunque éste salió ileso.



Puerto de Gibraltar en 1802

Una investigación posterior fue incapaz de descubrir a los cabecillas del motín, por lo que, inusualmente, el Duque decidió emitir una severa advertencia a las tropas en general sin presentar cargos contra nadie. El día de Navidad cabalgó hasta los cuarteles del 54º, donde los hombres desfilaron para él y donde levantó su sombrero en señal de saludo, diciéndoles que siempre sería un amigo para ellos como individuos y para su regimiento.

El 26 de diciembre se invirtió la situación de los amotinados. Después de haber recibido su paga y de haber sido acusados de cobardía por los amotinados dos días antes, un buen número de los del 25º bebieron hasta amotinarse e invitaron a los ahora sobrios Royal Scots a unirse a ellos para atacar al Duque. Aunque los Royal Scots estaban sobrios, tal vez aún tenían resaca y habían visto a algunos de sus compañeros heridos, por lo que declinaron unirse a sus camaradas. Los del 25º estaban indignados, luchando borrachos respondieron con sus propias acusaciones de cobardía contra los Royal Scots, y comenzaron a destruir los cuarteles de los del 25º. Al poco tiempo, pasaron a atacar otras partes del cuartel antes de encontrarse con el todavía leal 54º bajo el mando de Ross. Se reunió con los amotinados en la explanada Pickett, sus hombres apoyados por dos cañones de la Artillería Real, y rápidamente abrió fuego. En pocos minutos, la lucha había terminado. Tres amotinados habían muerto, dos del 25º y uno de los Royal Scots, y seis más estaban heridos.

A pesar de esta derrota, los del 25º volvieron a amotinarse los días 27 y 31 de diciembre, momento en el que se acabó la paciencia del duque de Kent. Hizo arrestar a 10 líderes del motín y los llevó rápidamente ante un consejo de guerra. El veredicto de fusilamiento era inevitable. El duque confirmó tres sentencias de muerte y el 4 de enero los tres fueron ejecutados por miembros de su propio regimiento. La presencia en el pelotón de fusilamiento se decidió por sorteo. Los siete hombres restantes fueron trasladados a Australia de por vida y otros dos hombres fueron condenados a recibir 1.000 latigazos cada uno, lo que, en sí mismo, era probablemente una sentencia de muerte.



Fusilamientos de amotinados ingleses

Lo interesante es que muchos de los oficiales conocían el motín de antemano, al igual que el Duque, que había sido avisado por un soldado en el hospital de la guarnición el 23 de diciembre. Además, algunos oficiales fueron claramente cómplices al no hacer nada para detener el motín. El general Barnett, segundo al mando en Gibraltar, que había sido tan humillado por el Príncipe, dijo: *"Es lo mejor que nos podía haber pasado. Ahora nos libraremos de él"*.

A medio plazo, los amotinados consiguieron su principal objetivo. El Duque escribió a su hermano, el Príncipe de Gales, expresándole su horror por lo sucedido y diciéndole que ahora era libre para seguir controlando Gibraltar. Pero tanto su hermano como su padre, Jorge III, se hartaron de sus bravuconadas y despiadados métodos y el 16 de marzo de 1803 fue devuelto a Londres. Su sucesor llegó a Gibraltar el 21 de marzo, pero el duque tardó dos meses en abandonar la isla tras haber decidido escribir un libro de 300 páginas, el "Código de Órdenes Permanentes" para la guarnición, que abarcaba todos los aspectos de la vida de cualquier soldado. El libro pronto fue desechado. El duque permaneció al mando de la guarnición hasta 1816 y, a pesar de sus repetidas peticiones de regresar a Gibraltar, su padre y su hermano, sabiamente, nunca se lo permitieron.

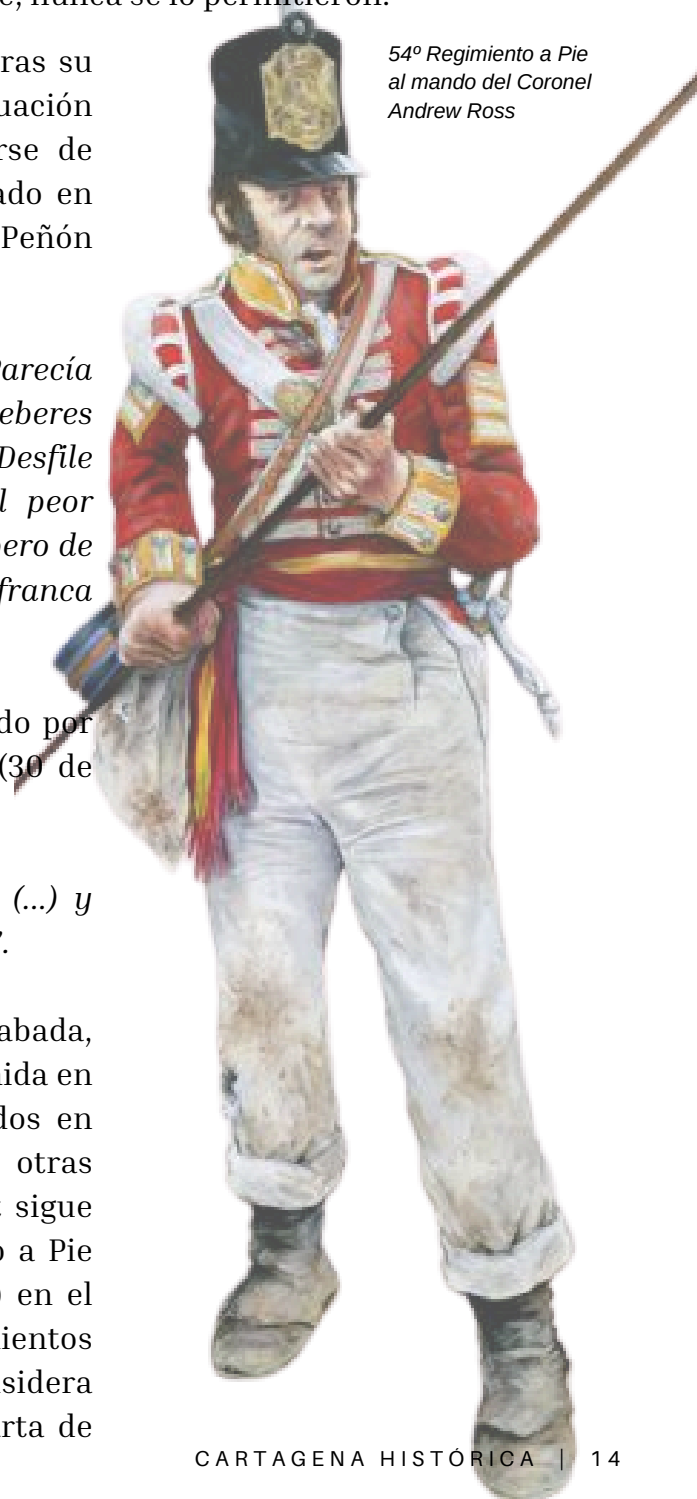
Aunque sus métodos pudieran haber sido extremos, tras su marcha, y en un plazo relativamente corto, la situación anterior al Duque de Kent comenzaba a manifestarse de nuevo. El general Sir John Moore, que estuvo destinado en Gibraltar y pasó por allí en varias ocasiones, volvió al Peñón el 28 de julio de 1806 e informó:

"Me dio pena ver el pésimo estado de la guarnición. Parecía más un lugar donde los habitantes cumplían deberes militares ocasionales que un puesto militar. (...) Desfile general; los destacamentos están regimientos en el peor estado de disciplina. El servicio se hace, por supuesto, pero de forma desaliñada, y todo parece descuidado y en franca decadencia."

A pesar de ello, el Duque de Kent estaba tan agradecido por las acciones de los hombres de Ross que le escribió (30 de abril de 1803) mostrándole su:

"(...) gran aprecio por el coronel ROSS del 54º a Pie (...) y demostrando que un regimiento irlandés podía ser leal".

También compró al regimiento una sopera de plata grabada, montada más tarde sobre una peana de madera, sostenida en las esquinas por 4 cañones copiados de los capturados en Marabout y decorada con imágenes de la Esfinge y otras insignias del regimiento. El trofeo del Duque de Kent sigue perteneciendo a los descendientes del 54º Regimiento a Pie (Norfolk) y se encuentra actualmente (junio de 2025) en el comedor de oficiales de uno de sus regimientos descendientes, el Primer Batallón de Fusileros. Se considera que el relato más completo del motín está en una carta de Ross a Sir John Moore.



54º Regimiento a Pie
al mando del Coronel
Andrew Ross

EL 70º A PIE EN LAS INDIAS OCCIDENTALES

El 8 de octubre de 1803, con el apoyo del Príncipe Eduardo, Ross recibió el empleo efectivo de Teniente Coronel y, con el ascenso, el mando del 70º Regimiento a Pie (llamado más tarde The East Surrey). La plantilla del Ejército de 1805 confirma que Ross fue ascendido a Brevet^[5] el 1 de enero de 1800, y que su destino en el 70º Regimiento de Infantería fue el 8 de octubre de 1803. Aunque algunas fuentes dicen que renunció a ese puesto cuando se fue a la Península Ibérica por motivos de salud en 1810, las plantillas del Ejército muestran que lo mantuvo hasta su muerte en septiembre de 1812. La carrera de Ross es un buen ejemplo de la forma en que los oficiales del ejército cambiaban de regimiento en busca de ascensos o reconocimiento, o eran destinados a tareas específicas cuando las exigencias del servicio lo requerían.



Cuando Andrew Ross tomó el mando del regimiento, éste ya había servido en las Indias Occidentales como parte de la expedición contra los franceses en 1793 y 1794, donde el regimiento fue devastado por un brote de fiebre amarilla, algo que volvería a perseguirlos y los incapacitaría para el servicio de nuevo unos 6 años más tarde.

El 70º zarpó de Plymouth hacia las Indias Occidentales en noviembre de 1803, un destino que muchos miembros del ejército consideraban, con razón, uno de los peores debido a las enfermedades tropicales endémicas de la época.

En 1801, muchas de las islas caribeñas de ambos archipiélagos de las Indias Occidentales habían sido “liberadas” de sus ocupantes franceses, holandeses y daneses, aunque luego volvieron a sus amos coloniales originales en virtud del Tratado de Amiens. Cuando el tratado fracasó, muchas de las islas, aunque no todas, fueron reconquistadas por Gran Bretaña.

[5] NT: Ascendido a Teniente Coronel sin paga. Véase la NT n° 4.

El 70º llegó a Antigua en diciembre de 1803 y parece que permaneció allí hasta que fue trasladado a San Cristóbal (St. Kitts) en junio de 1806. En diciembre de 1807, una pequeña flota al mando del contraalmirante Thomas Cochrane transportó a 2.500 hombres, incluidos 5 batallones del 70º de a pie bajo el mando del general Henry Bowyer, para retomar las islas de Santo Tomás y San Juan. La guarnición de las islas capituló rápidamente y un destacamento de 300 hombres del 70º se quedó en ambas islas como guarnición durante todo 1808, retirándose a Santo Tomás en 1809.

En 1808, Andrew Ross fue nombrado Teniente-Gobernador interino de Demerara, Essequibo y Santa Cruz, que habían sido arrebatadas a los holandeses sin lucha en septiembre de 1803. No hay mucho más que decir sobre el servicio del Regimiento en las islas. Se dedicaron principalmente a tareas de guarnición, intercaladas con breves episodios de acciones menores, siempre limitados e inhibidos por las lluvias estacionales y las continuas enfermedades que afectaban a los hombres.

En septiembre de 1809, Andrew Ross obtuvo permiso para trasladarse a Madeira por motivos de salud. El 25 de octubre de 1809 fue nombrado coronel y dos días más tarde, Sir David Dundas ordenó que Ross fuera nombrado ayudante del rey. Ello significaba también que su proximidad a la Guerra Peninsular[6] le hacía fácilmente disponible para tareas destacadas en el ejército de Wellington. Su elección de Madeira puede haber sido afortunada por varias razones, aparte de su salud. Uno de sus hijos, que sólo tenía 19 años, llevaba ya casi dos años sirviendo como teniente en el 92º Regimiento a Pie (The Gordon Highlanders) en la Península.

No existen pruebas de que Andrew Ross regresara con su regimiento a las Indias Occidentales después de 1809, y una fuente, aún no confirmada, lo sitúa en Londres. Esto sería lo más probable, ya que tenía muchos asuntos familiares que resolver en Londres y su nombramiento como ayudante del Rey significaba que habría acudido a la Corte Real. Sin embargo, sabemos que poco después se trasladó a Tenerife, donde, el 4 de marzo de 1810, redactó su testamento, en el que legaba específicamente la espada ceremonial que se le había regalado al abandonar las Indias Occidentales. Le había sido entregada como muestra de agradecimiento por sus servicios.

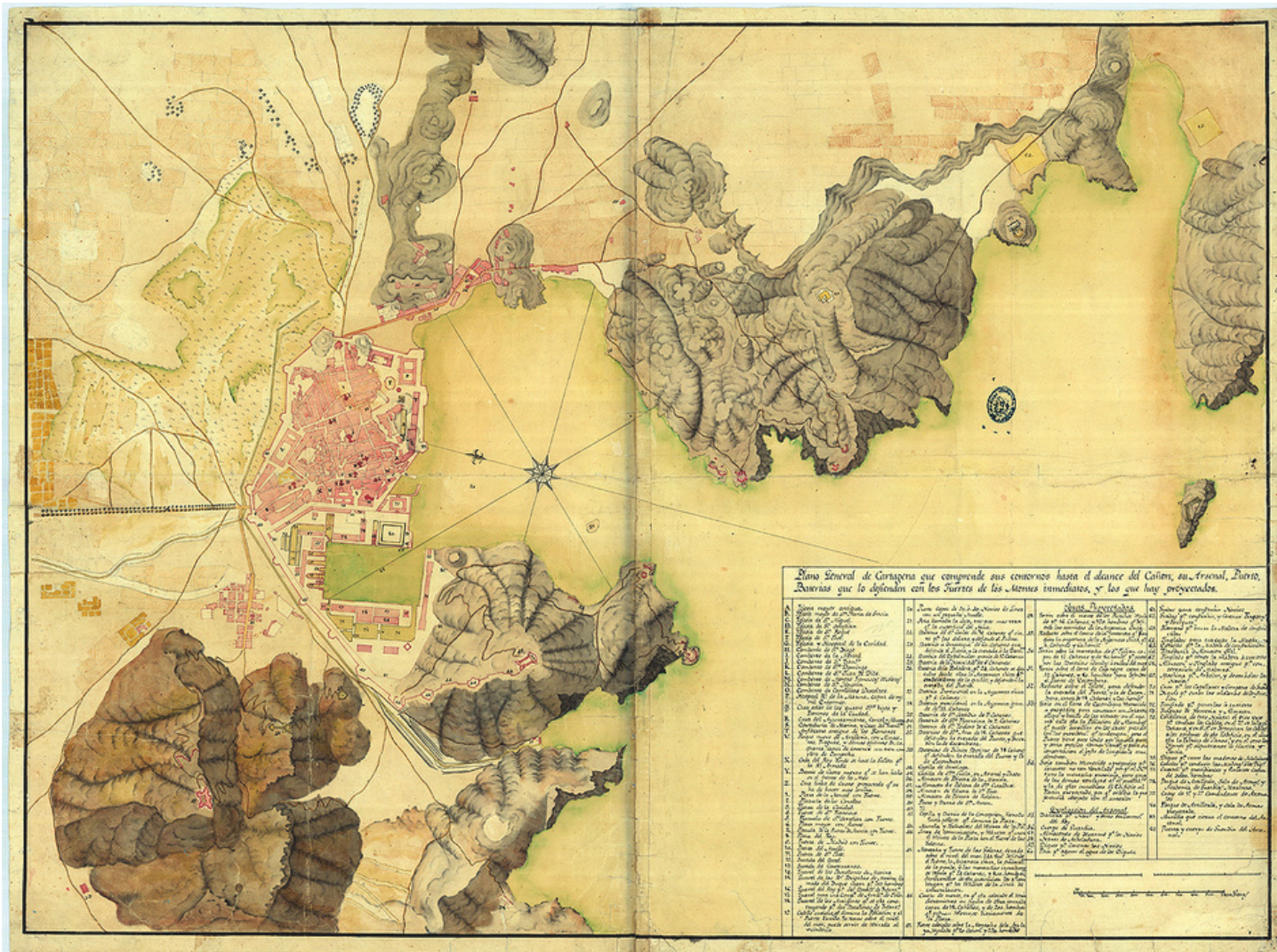
Duque de Wellington



[6]NT: Ya mencionado, “Guerra Peninsular” es el modo en el que los británicos se refieren a la Guerra de la Independencia de España al inicio del siglo XIX.

EL EJÉRCITO BRITÁNICO EN CARTAGENA

En 1808, los británicos tenían una presencia oficial en Cartagena, el único puerto de aguas profundas del litoral oriental que controlaba casi por completo el Mediterráneo, lo que resultaba más importante desde el punto de vista estratégico, ya que la Armada francesa estaba totalmente agotada y, lo que es más importante, carecía de experiencia.

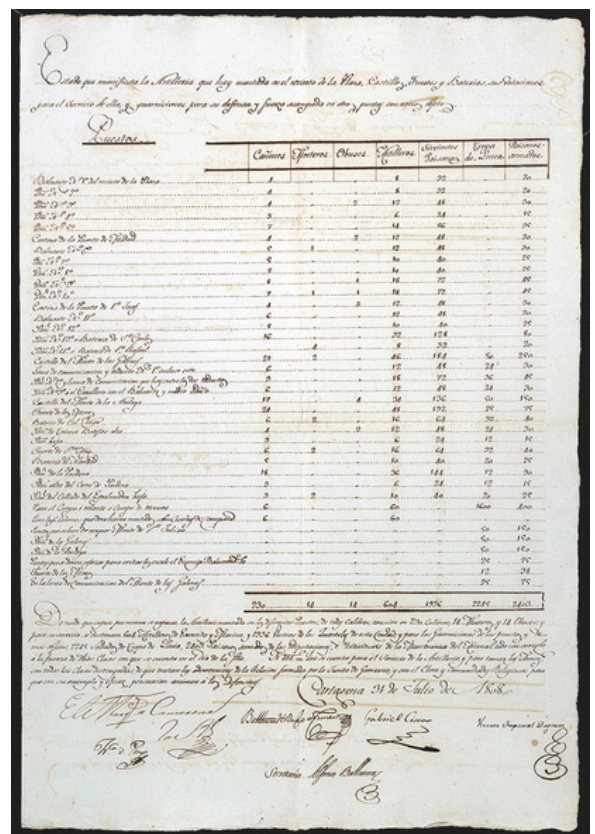
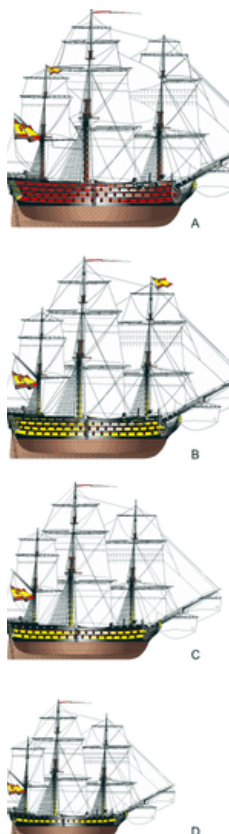
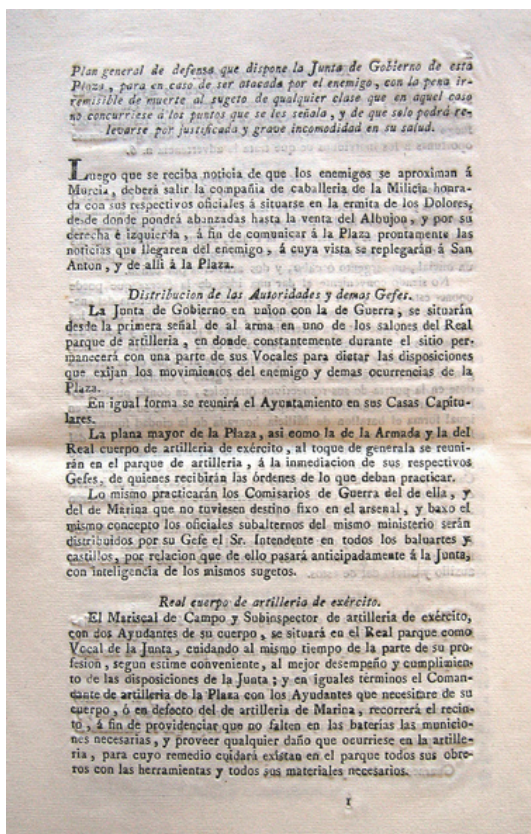


Plano de la ciudad de Cartagena con su puerto y bahía durante el periodo de la Guerra de Independencia Española

Desde 1808, Cartagena contaba con un cónsul británico residente, Patrick Wilkie. Se trasladó a la ciudad en calidad de representante británico tras haber mantenido negocios con su tío Robert Wilkie, que a su vez era cónsul británico en Alicante y miembro consolidado de la comunidad comercial británica en la ciudad.

Muchos mitos urbanos históricos adquieren veracidad porque simplemente se repiten. Varias publicaciones de Cartagena afirman que Andrew Ross asistió a una reunión de la Junta de Defensa Local en la ciudad el 16 de abril de 1810, pero este mito puede rebatirse y corregirse con bastante facilidad. Se dice que Ross "(...) asistió a la reunión (...)", pero eso no puede ser cierto. En primer lugar, Andrew Ross no pudo haber estado en dos lugares al mismo tiempo. Su presencia puede justificarse durante todo el año 1810 fuera de Cartagena, incluso fuera de España. Además, otras fuentes confirmadas demuestran que el oficial de enlace militar británico en Cartagena NO era Andrew ROSS (escocés), sino Philip ROCHE (irlandés), que fue enviado a la ciudad específicamente para servir de enlace con las autoridades civiles y militares españolas y con Patrick Wilkie. Más tarde, Roche se convertiría en General de División al servicio de España al mando de una Brigada independiente, financiada por Gran Bretaña, en el Segundo Ejército español. Posteriormente dirigió una División española en el Ejército anglo-siciliano al mando del teniente general Thomas Maitland, aunque ninguno de los dos nombramientos contribuyó a realzar su prestigio o reputación.

Entre los historiadores españoles hay muchas conjeturas sobre la presencia militar británica en Cartagena, que a menudo se trata como una nota a pie de página en las historias militares británicas o incluso se pasa por alto como algo totalmente intrascendente. A menudo, la interpretación española de la presencia británica en Cartagena roza lo fantástico. Una idea que se cita a menudo es que formaría parte de la anexión británica de España, el establecimiento de otro Gibraltar, o que sería una base para una invasión británica de la Península con la exigua guarnición de 1.200 soldados como vanguardia de la invasión. No hay pruebas de que ninguno de esos escenarios sea creíble, especialmente la teoría de una anexión británica de la Península. Hay que recordar que Wellington entonces, todavía oficial al mando de todas las fuerzas terrestres en la Península, se oponía totalmente a la idea de enviar tropas a Cartagena. Sólo accedió al despliegue tras insistir y recibir una petición por escrito de tropas británicas por parte de la Regencia (Gobierno) española. Es evidente que el Gobierno español no tomó ninguna medida, ni militar ni de otro tipo, para proteger la ciudad.



Toda la estrategia británica contra los franceses y sus aliados se coordinó como una guerra de movimiento, no sólo como una guerra defensiva. Wellington conocía bien los puntos fuertes y débiles de las fuerzas francesas que se le oponían, incluido el carácter de los altos oficiales franceses a los que se enfrentaba. En el frente oriental tenía un enemigo potencialmente formidable, Louis-Gabriel Suchet, uno de los comandantes de mayor confianza de Napoleón. Suchet fue enviado a España a principios de 1810 bajo las órdenes del rey José, hermano de Napoleón. Siguiendo las órdenes de José, Suchet realizó un desafortunado ataque a Valencia, haciendo José caso omiso de las instrucciones específicas de Napoleón en contra de hacerlo. De forma poco caritativa, Napoleón descargó su ira contra Suchet, a pesar de lo cual Suchet pronto recibió el mando del Ejército de Aragón (Tercer Cuerpo de Napoleón). También se le nombró gobernador civil de gran parte del noreste de España y, junto con otros cinco oficiales superiores, se le hizo directamente responsable ante Napoleón. Por tanto, las atribuciones de José se vieron seriamente recortadas a causa de su estupidez. Napoleón prometió a Suchet que cuando tomara Tarragona (dándolo por hecho) encontraría allí su bastón de mando de mariscal de campo. Esto lo consiguió en junio de 1811. Desde un punto de vista estratégico, tomar Tarragona y los puertos del norte significaba que, en teoría, los franceses tenían vía libre hacia el sur, hacia Valencia, Alicante y Cartagena.



Mariscal francés Nicolás Soult

Los aliados habían interceptado varias cartas del Mariscal Nicolás Soult, comandante de las tropas francesas en Extremadura y los alrededores de Sevilla, a finales de 1810 o principios de 1811 en las que se decía claramente que Murcia, y lo que es más importante, Cartagena, estaban en el punto de mira de los franceses. La Regencia fue inmediatamente advertida de esta grave situación, pero no tomó ninguna medida. En su lugar, esperaron hasta entrar casi en estado de pánico cuando fue obvio que Cartagena era el objetivo final de la campaña de Suchet. Avanzando hacia Valencia a lo largo de octubre de 1811, el asedio de esa ciudad se inició el 3 de noviembre. Resultando victoriosos los franceses, el 9 de enero de 1812.

Mientras tanto, Wellington ya había trazado su estrategia para derrotar a los franceses y expulsarlos de España. Esta incluía el papel que debían desempeñar los distintos Ejércitos españoles en la costa oriental. Sin embargo, no incluía tener que apoyar a un Gobierno español que enviaba pequeños destacamentos de tropas británicas a cualquier parte para suplir las deficiencias de la planificación gubernamental española o las de los mandos españoles.

Wellington había permitido anteriormente y a regañadientes que se llevaran dos pequeños destacamentos de tropas desde la comandancia independiente de Cádiz. Fue la primera vez se envió un número de tropas desde Cádiz a Tortosa, que sólo se desplegaron después de que el Gobierno español acordara un estricto conjunto de condiciones que Wellington fue capaz de imponer para el caso en que otros destacamentos volvieran a necesitarlo en el futuro.

En la segunda ocasión, y de mayor relevancia para la costa oriental, 1.200 soldados (una mezcla principalmente de infantería, del 2º Batallón del 24º Regimiento, un destacamento del 95º de Fusiles y dos medias baterías de artillería) fueron enviados desde Gibraltar para apoyar a la guarnición española en Tarragona. Sin embargo, el oficial al mando en Cádiz, el general de división Thomas Graham, dio instrucciones específicas de que no desembarcaran si había alguna posibilidad de que la ciudad fuera tomada por los franceses y no pudieran volver a embarcar. Cuando llegaron a Tarragona, los oficiales superiores de España y Gran Bretaña celebraron un Consejo sobre la Guerra. El comandante británico, el coronel John Skerrett, y el oficial superior de la Royal Navy, el almirante Edward Codrington, fueron informados explícitamente por el General Juan Contreras, el Gobernador Militar de Tarragona, al mando de la ciudad y la fortaleza[7], de que la posición allí era insostenible y que la ciudad caería en cuestión de días. Así que, a regañadientes, las tropas británicas permanecieron a bordo de sus barcos y navegaron hacia el norte, con la intención de apoyar a Sitges, pero llegaron allí demasiado tarde. Los franceses ya habían tomado la ciudad, capturando así un importante depósito de suministros junto con todo lo que contenía, incluyendo material de guerra que se perdió para los Aliados.



Asedio francés a la plaza de Tarragona en 1812

[7] NT: *En Tarragona sería gravemente herido, hecho prisionero y enviado a Francia.*

Curiosamente, una de las medias baterías de artillería británica de los buques de transporte de tropas era la del capitán Patrick Campbell. Esta unidad fue enviada posteriormente a Cartagena, donde pasó dos años. Al igual que sus oficiales, los suboficiales y las tropas de la Artillería Real tendían a estar mejor educados que sus homólogos del ejército, y muchos artilleros sabían leer y escribir. Existe una pequeña colección de cartas escritas por un artillero ordinario, Andrew Phillips, que ahora se conserva en el Museo Nacional del Ejército de Londres, con copias en el Archivo Municipal de Cartagena. La última de las cartas fue escrita y enviada desde Cartagena. No sólo describe las condiciones en la ciudad, sino que también da detalles de sus viajes a lo largo de la costa oriental. Entre ellos, la matanza de tropas y civiles españoles por los franceses ante las murallas de Tarragona.

Después de consolidar sus ganancias tras el victorioso asedio de Valencia, los franceses tenían la clara intención de avanzar hacia Alicante. Afortunadamente, los franceses se enfrentaban a graves problemas logísticos. Con la suma de estos problemas y la fuerza combinada del ejército español y el anglo-siciliano recién llegado, reforzado por la infantería de Andrew Ross procedente de Cartagena (además de con la amenaza de la fiebre amarilla) se salvó la ciudad.



Modelo de uniformidad para la milicia local de Cartagena de 1812

A pesar de las victorias francesas, la Regencia había sido incapaz de salir de su letargo hasta que se dieron cuenta de lo vulnerables que serían los puertos de Alicante y Cartagena cuando -y no si- Valencia cayera. Tras una reunión del Consejo de Regencia en noviembre de 1811, el embajador de Su Majestad Británica en España, Henry Wellesley, informó de su conversación con uno de los militares miembros del Consejo de Regencia. Por suerte para la Regencia, el embajador Henry Wellesley era hermano menor de Arthur Wellesley -el duque de Wellington- y su correspondencia pública y privada recogida en las dos series de despachos de Wellington da cuenta detallada de sus opiniones formales y personales sobre este asunto. El 27 de noviembre Henry escribió que:

"(...) Hay otro tema sobre el que el coronel H. O'Donnell me ha hablado muy seriamente. Dice que si los franceses se lanzan sobre Cartagena, se apoderarán de ella en cuatro días, y que es de suma importancia impedirlo. En primer lugar, porque si Valencia y Alicante caen, será nuestro único punto de comunicación con la costa oriental y, en segundo lugar, porque será un puerto seguro para los franceses, que pueden llevar allí a toda la flota de Tolón y emprender cualquier empresa que les plazca contra las Islas Baleares, por no hablar de las valiosas maderas de los barcos que aún permanecen en Cartagena.

O'Donnell dice que asegurar este punto es de tanta importancia para Gran Bretaña como para España, las alturas sobre la costa comandan el puesto, en una de ellas hay un fuerte que es extremadamente fuerte y propone que se construya otro en la altura opuesta y que sea guarnecido por las tropas británicas y que no se pierda tiempo ni dinero en enviarlas. Piensa que 800 o 1000 hombres deberían ser suficientes para estas colinas y que la ciudad de Cartagena podría ser defendida por los españoles.

Ayer le pregunté a Bardaxi si, en caso de que pudiéramos conseguir tropas británicas para este objetivo, el gobierno se opondría a que fueran enviadas, y me dijo que creía que no.

Por lo tanto, estoy ansioso por saber qué es lo que usted desearía que se hiciera al respecto.

Supongo que si el Regimiento de Watteville fuera destinado aquí, se podría encontrar un número suficiente de tropas entre este lugar (es decir, en Cádiz) y Gibraltar, tanto para Tarifa como para Cartagena, y siempre que se aumente la fuerza de Ballesteros. Mi conclusión es que las tropas británicas pueden ser retiradas de Tarifa.

La preservación de Cartagena será ciertamente considerada de gran importancia en Inglaterra - O'Donnell es de la opinión de que se ha impedido a los franceses avanzar sobre ella por temor a la fiebre amarilla. Se dice que la enfermedad ya no existe pero, por supuesto, no deben enviarse tropas allí hasta que se compruebe ese punto.(...)"

Nunca se insistirá lo suficiente en la importancia de la presencia de la Armada británica aliada en el puerto. La pérdida de la mayor parte de los buques de la Escuadra de Cartagena en Trafalgar (1805) y la escasez de navíos españoles proporcionaron a Gran Bretaña y a sus aliados la facilidad para el reaprovisionamiento así como un acceso inmediato a reparaciones y materiales que, de otro modo, sólo se encontrarían en el puerto de Mahón, en la misma costa mediterránea española. Nunca se insistirá lo suficiente en la fuerza e importancia de los astilleros navales. Al igual que la necesidad de evitar que las instalaciones de Cartagena cayeran en manos de los franceses, lo que les habría permitido llevar la Flota de Tolón al Mediterráneo occidental, aunque sólo fuera para apoyar al Ejército de Suchet. A la petición de apoyo de la Regencia le siguió rápidamente un breve intercambio de correspondencia entre la Regencia, Wellington y Wellesley, a menudo con un estilo muy airado y claramente poco diplomático. Sin embargo, ya el 12 de diciembre, Wellington emitió una larga orden, detallando las tropas que debían ser desplegadas en Cartagena, a saber, el 2º Batallón del 67º a Pie, 5 Compañías del Regimiento De Watteville, dos oficiales de los Ingenieros Reales y diez hombres del Real Cuerpo de Artificieros Militares y la Batería del Capitán Patrick Campbell de la Real Artillería a Pie. Los hombres llevarían 60 cartuchos en sus macutos y otros 20,000 cartuchos en su tren de víveres y bagajes.

Las enviadas a los Ingenieros Reales se conservan en los Archivos Nacionales Británicos. Su lectura es muy interesante porque Wellington detalla qué trabajos quiere que se realicen en las fortalezas de San Julián y Galeras. La exposición del Museo Histórico Militar de Cartagena muestra que los trabajos se iniciaron muy poco después de su llegada.

Un destacamento de esta envergadura suponía el nombramiento de un oficial del Estado Mayor que pudiera asumir las responsabilidades militares y civiles de Cartagena. La situación había llegado al extremo de que un Oficial General, por falta de efectivos, podía desempeñar varios cargos al mismo tiempo. En espera de la llegada de un Oficial General, el destacamento de Cartagena iba a ser comandado por el Coronel Lambert de los Guardias a Pie, habiendo recibido sus cartas de autoridad de Henry Wellesley, cartas que fueron debidamente presentadas al Alcalde de Cartagena.

El 9 de febrero de 1812, Wellington envió una orden desde su cuartel general de invierno en Freneda al general de división Cooke, indicando que el recién nombrado (1 de enero de 1812) general de división Andrew Ross sería el oficial al mando en Cartagena con efecto inmediato. Siempre pragmático y probablemente consciente de la cantidad de ocupaciones que Ross tendría que llevar a cabo, le concedió una « (...) dieta de treinta chelines diarios», que en aquella época era un suplemento diario muy importante a su paga.

El grueso de la guarnición, al mando de Lambert, zarpó de Cádiz el 28 de enero y llegó a Cartagena el 31. Poco más de un mes después, Ross le siguió, acompañado de su ayudante de campo, un comandante de su propio regimiento, el 70º a Pie. Tras hacerse cargo del mando, Ross se vio rápidamente inmerso en su nuevo papel. Además, Ross tuvo que asumir el cargo de cónsul, ya que el cónsul Patrick Wilkie había pasado a desempeñar la misma función en Trípoli. A pesar de que se le había proporcionado un “cofre de guerra” con importantes fondos, no tenía la libertad de utilizarlos a su antojo. Wellington y Wellesley fueron inflexibles en que el dinero sería utilizado por los británicos para pagar sus gastos, es decir, para pagar por su comida, alojamiento, los gastos debidamente incurridos en la ciudad, pero bajo ninguna circunstancia debía dar dinero al ejército español, a cualquier nivel. El mantenimiento del Ejército español era responsabilidad exclusiva de la Regencia española. Ross se enfrentó inmediatamente a tres dilemas. El primero era que tenía que lidiar con una guarnición española que estaba al borde de la inanición. Los soldados llevaban mucho tiempo sin cobrar. Robaban y vendían ropa y raciones nuevas, a menudo por sus propios oficiales, y la disciplina en sus filas era escasa o nula. Al cabo de unas semanas, Ross empezó a pagar dinero a los suboficiales y a los empleos inferiores, aunque sólo fuera porque no quería que se murieran de hambre. Conducta que, según la correspondencia de Wellington y Wellesley, probablemente le habría costado el mando de haber vivido.



Castillo de San Julián en Cartagena





Torre Martello construida por los ingleses en Cartagena para reforzar la defensa de esta plaza.

Su segundo problema fueron las disensiones dentro de sus propias filas. Los regimientos de infantería fueron finalmente desembarcados los días 2 y 3 de marzo. Su desembarco se retrasó porque sus barracones provisionales, próximos al Arsenal, tenían que limpiarse, fumigarse contra los bichos y pintarse. Una vez en tierra, todos los soldados se dedicaron a preparar sus alojamientos y lugares de trabajo en San Julián y Galeras que, una vez más, dejaban mucho que desear. Para mejorar sus condiciones de vida y las defensas de la ciudad, los británicos emplearon a prisioneros de guerra franceses. Entre ellos había muy buenos albañiles a los que pagaban 6 peniques al día en metálico, una muestra de cómo actuaban los británicos en la práctica económica cotidiana.

La llegada de Ross estimuló a la guarnición. Wellington aprobó de buen grado el plan de Ross de extender el trabajo de la guarnición británica al Castillo de Atalaya, pero sólo accedió a regañadientes (mayo de 1812) cuando se le pidió permiso para llevar alrededor de la mitad de su fuerza (el 2º del 67º) a Alicante para apoyar a los españoles. El principal objetivo de la guarnición británica en Cartagena era reforzar las defensas de la ciudad y, en caso de que la ciudad fuera atacada o estuviera a punto de ser tomada por los franceses, destruir todos los barcos, equipos e instalaciones del Arsenal y destruir el Parque de Artillería, unas instalaciones con importantes recursos que abastecía a todo el sureste de España. En ese momento, Wellington no quería que la guarnición se redujera o que Ross se trasladara a la costa para prestar un servicio más interesante y emocionante.



Tropas inglesas al mando de Andrew Ross de guarnición en Cartagena

El tercer problema de Ross fue el de las bajas y las deserciones. Algunos hombres del regimiento de De Watteville no estaban contentos con su repentino cambio de destino de Canadá a Cartagena y demostraron ser soldados poco dispuestos. No se trataba, como se suele decir, de mercenarios. Si bien su origen puede haber sido el de alemanes y suizos alemanes liberados del servicio forzoso en el ejército francés, desde 1801 su grupo inicial era un regimiento en el ejército británico, por lo que llamarlos mercenarios simplemente prolonga otro mito. Se afirma que mostraron su indisciplina desertando continuamente, una situación que llegó a tal punto que Ross emitió una proclama en español, francés y alemán, una copia original de la cual se encuentra en la Colección Andrew Ross de la Universidad de Harvard. Su relación con el oficial al mando del De Watteville, el comandante May, se vio muy afectada por estas deserciones. La situación se volvió tan difícil que Ross se sintió obligado a plantear la cuestión tanto a Wellington en su cuartel general como a Cooke en Cádiz.

Es probable que Wellington no diera a Ross la respuesta que esperaba porque, en efecto, Wellington le dijo que si no podía hacer un uso adecuado de las tropas bajo su mando, sería relevado en el mando. Pero al mismo tiempo, Wellington también se dio cuenta de que Ross no había recibido la autoridad adecuada para convocar un consejo de guerra, y mucho menos para imponer ninguna sentencia a sus subordinados. Rápidamente rectificó esa omisión.

Hubo, y sigue habiendo, cierta controversia en cuanto al nivel real de desertión en el regimiento de De Watteville. Antes de recibir la orden de Wellington, los desertores habían sido tratados con bastante indulgencia mientras estuvieron en Cádiz, las penas de muerte o el uso severo de los latigazos habían sido normalmente conmutadas por ser enviados a Australia. Pero una vez que Ross tuvo la orden, las cosas cambiaron. Tres desertores fueron capturados a principios de mayo de 1812, juzgados en consejo de guerra y condenados a muerte el 6 de mayo y ejecutados a la mañana siguiente, una dura advertencia para cualquiera que pensara en desertar.

Además, la población de Cartagena ya había aumentado sustancialmente debido a la llegada de la guarnición británica, pero también la guarnición española, el Arsenal naval y el gran número de prisioneros franceses en los barracones del puerto crearon un problema adicional.

A todas estas preocupaciones se sumaba la presencia o amenaza de la fiebre amarilla, que era endémica en todo el Reino de Murcia y había sido identificada por Wellington y su personal en la orden de despliegue de las tropas en la ciudad como una amenaza potencial importante para la guarnición.

En junio de 1812 Wellington confirmó el traslado del 2/67^o a Alicante para unirse a la Fuerza Anglo-siciliana que recientemente había desembarcado allí para apoyar a la guarnición española. Ross, que parecía querer poner a prueba los límites de lo que significaba un mando independiente, fue en contra de las órdenes de Wellington. Sus órdenes eran ENVIAR allí al regimiento, no ir él mismo. Una situación especialmente difícil para Wellington, que siempre se opuso a los mandos independientes de cualquier tipo, ya que necesitaba tener el control absoluto de sus fuerzas, es decir, micro-dirigir todo lo que pudiera.



Cuartel de Antiguones uno de los lugares en donde estuvieron acantonadas las tropas de Ross en Cartagena.

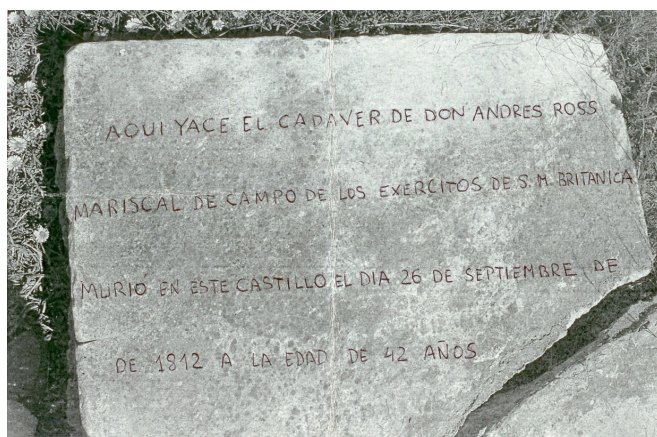
Ross regresó pronto a Cartagena, que ya sufría un brote de fiebre amarilla. Sus hombres debían permanecer en cuarentena en los Castillos San Julián y Galeras. Sin embargo, por razones puramente prácticas, era imposible que él y sus hombres se aislaran en las fortalezas, ya que toda la guarnición necesitaba la interacción diaria con la gente del pueblo. Inevitablemente, varios británicos, entre ellos Andrew Ross, contrajeron la fiebre y murieron. La mayoría fueron enterrados en una fosa común en el Castillo Galeras, aunque Andrew Ross, que murió en septiembre de 1812, a la edad de 39 años, también fue enterrado en Galeras, pero en una tumba individual que poco después fue marcada con una lápida adecuada.

Las tumbas de todos los soldados británicos, incluido Ross, se encuentran todavía en Galeras y siguen intactas a pesar de los rumores que afirman lo contrario. Se desconoce su ubicación exacta y el estado del Castillo hace imposible cualquier intento de encontrarlas. Sin embargo, la Armada Española, que a fecha de hoy tiene el control del edificio, ha permitido recientemente a un pequeño grupo de miembros de AAMMILCAR e INCIS acceder al Castillo para ver la lápida, tomar fotografías y comprobar la inscripción. Los investigadores de Cartagena continúan las conversaciones con una asociación-entidad caritativa británica especializada en la sustitución de lápidas dañadas de la zona napoleónica, con vistas a que financien la colocación de una lápida de sustitución frente a las puertas del Castillo.

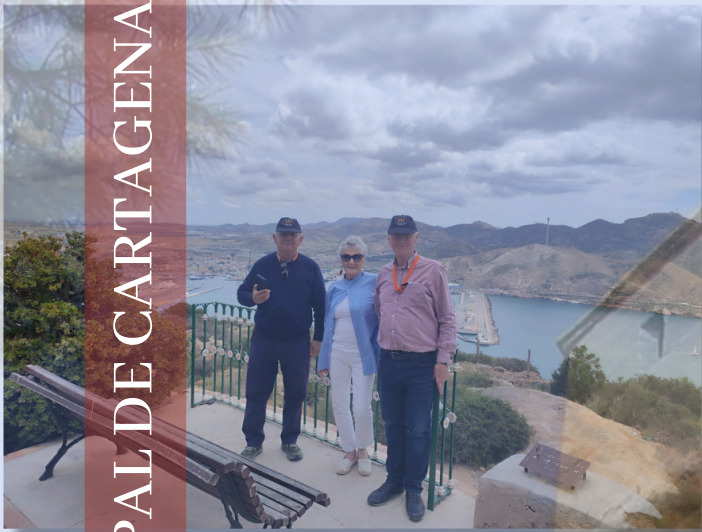
LA TUMBA DE ROSS EN GALERAS



Distintas muestras de como estaba la lápida de Andrews Ross, cuando se podía leer su inscripción, hoy totalmente ilegible en el Castillo de Galeras en Cartagena.



Un legado perdurable de la estancia de Andrew Ross en Cartagena son las obras realizadas por los británicos en los dos Castillos, una de cuyas partes principales figura en las exposiciones del Museo Histórico Militar de Cartagena, a saber, la Torre Martello. Las investigaciones del autor han demostrado que es la única construida en la Península Ibérica y su importancia no admite exageraciones. Nuevas investigaciones que se están llevando a cabo sobre los Ingenieros Reales y su trabajo se publicarán en 2026.



Los autores de este artículo; Tony Fuller, Leonie Alice Parkes y Antonio Cortiñas-Gutin en su reciente visita y localización de la lápida sepulcral de Andrews Ross en el Castillo de Galeras en Cartagena en el años 2025.



Parque de Artillería.
Plaza Puerta de La Serreta, s/n.
30201-Cartagena (España).

Comunicaciones (Teléfono, correo electrónico):

Teléfono: +34 968 128855
Correo electrónico: archivo@ayto-cartagena.es

Horario:

Del 2 de octubre al 31 de mayo:

De lunes a viernes: de 9:00 a 13:45 h.
Martes: de 9:00 a 13:45 h y de 17:00 h a 19:45 h.

Del 1 de junio al 1 de octubre:

De lunes a viernes: de 9:00 a 13:30 h.

ANDREW
ROSS